

El Taller Ilustrado.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

AÑO II.

SANTIAGO, MARZO 7 DE 1887.

NUM. 74



LA FLOR DEL MANZANO

CUADRO AL OLEO POR M. BEGLE.

noble i envidado perfil de la mujer griega; la contemplacion de la hermosa naturaleza; la vulgarizacion de la filosofia; los cantos de los poetas i la incredulidad con respecto a deidades monstruosas, fueron causas mas que suficientes para el progreso de este, que abandonando los antiguos dorroteros, busca nuevos horizontes, guiado por los jenios fecundisimos de Fidias, Polictetes, Alcámenes, Franidon, Milon i Praxiteles. Nosotros creemos que Fidias fué el inventor de la estatuaria criselefantina, pues no tenemos conocimiento de que ántes de él se emplease el oro i el marfil en estas obras, i si solo el mármol desde el año 560 ántes de J. C. Modelos perfectos del primer jénero son la Minerva de Atenas i el Júpiter de Olimpia, estátuas colosales debidas a la inspiracion de Fidias, de cuyo cincel brotaron ademas una Venus i una Némesis de gran mérito, esculpida esta última en la blanca piedra que arrebataron los griegos en la batalla de Marathon a los orgullosos ejércitos de Darío.

(Se continuará.)

LAS BELLEZAS DEL ARTE

Apénas los hombres se reúnen i principian a formar una nacion; apénas se organizan las sociedades con sus leyes e instituciones i se echan los cimientos de su progreso material e intelectual, se observa tambien la aparicion de uno de esos elementos creadores que, sino representan una fuerza o un poder, significan siempre un bien, una gloria, para el pueblo que ha sido su cuna: ese elemento es el arte. ¿Cómo explicar ese fenómeno que hemos visto reproducirse en todos los tiempos i en todos los países?—De un modo muy sencillo talvez; es que el arte no sólo contribuye al perfeccionamiento de toda civilizacion, sino que es, en cierto modo, una entidad moral muy necesaria al hombre considerado como individuo, como sér inteligente i sensible.

En efecto. Para probar lo primero nos bastará recorrer la historia.

El nombre de Sesostris nos trae a la memoria esos obeliscos, templos, pirámides, i colosales estátuas que aun cubren el suelo del Egipto; Pericles i Alejandro nos recuerdan el Partenon i los bellos tiempos de Fidias i de Apéles; a la fama de Augusto, Vespasiano, Adriano i Constantino, van unidos tambien el Capitolio el Castillo de San Angelo, el inmenso Coliseo i demas monumentos de la antigua Roma i Constantinopla.

¿De aquella época dirijimos la vista a la edad media i moderna, si cuántas obras de arte no han honrado los nombres del gran Teodorico, Carlomagno, Francisco I, Leon X, Luis XIV i otros príncipes i soberanos europeos? ¿Cuántos hombres ilustres en la pintura, desde Giotto a Rafael; en la escultura, desde Nicolas de Pisa a Canova i Thorwaldsen; i en la arquitectura, desde Brunelleschi a Miguel Anjel?—El arte está, pues, ligado a la historia de la humanidad, i acompaña a los pueblos en su marcha i en su vida social.

Para probar lo segundo nos bastará aducir una observacion sencilla e importante.

Imperfecto seria el hombre si sólo estuviera dotado de inteligencia, porque ella no le satisfaría limitada a comprender i razonar; su alma necesita por tanto de la sensibilidad, porque al pensamiento creador debe ir unido el sentimiento que ha de embellecer esas mismas creaciones. Poseyendo esas dos cualidades, aunque sean en grado insignificante, no podrá entonces prescindir de ese sentimiento de placer moral o de admiracion que le cause la vista de un hermoso cuadro, de una estátua, de un bello monumento, la lectura de un poema, o las armoniosas melodías de un trozo musical. ¿De qué provienen semejantes impresiones?—talvez de ese instinto natural que siempre lo impele hácia todo lo que es bello, grande o sublime; porque en esas obras encuentra reunidos el esfuerzo de la inteligencia con la expresion del alma o el sentimiento que el autor ha querido interpretar; es decir, lo que el hom-

bro busca, desea; ese algo que ilustre su espíritu, recree su vista con los encantos de la belleza, i despierte al mismo tiempo las facultades sensibles de su alma.

Hé ahí la razon por qué el arte nace i vive con la sociedad; se propaga i florece doquier haya inteligencia i sentimiento; por eso es útil a la civilizacion i necesario al hombre.

Ademas, por su objeto i sus medios de representacion, el arte se armoniza con nuestras aspiraciones, con ese innato deseo de saber, sentir i admirar, que íntimamente nos domina?—¿Quién no se siente atraído por lo que es inteligente i bello, sea un sér o un objeto, inerte o animado?—Pues el arte simboliza esas dos nobles i preciosas cualidades: la primera, interpretada por la idea que crea, concibe para llegar a producir una escena que agrada i enseña; la segunda, por esas figuradas trazadas en el lienzo o esculpidas en el mármol, que imitan la vida, el movimiento i esa belleza física o ideal que tanto cautiva e impresionan.

Hé ahí la armonía que existe entre el hombre i el arte i el lazo que los une.

Como el arte no es el producto esclusivo de la inteligencia humana, sino que nace i existe por sí mismo i abarca toda la creacion, debemos tambien buscarlo en los objetos que nos rodean, es decir en la naturaleza. Es ahí donde las bellezas del arte se nos imponen por el pensamiento i la reflexion, al investigar i comprender lo grande i lo pequeño, al fijarnos en la armonía, la irregularidad o el contraste que reina en el conjunto i detalles de cuanto vive o yace bajo el firmamento; donde recibimos esas agradables impresiones que siempre nos acompañan en la contemplacion de objetos tan bellos i variados en sus formas i colores, los que, aunque se ostenten en su estado primitivo o salvaje, no dejan tampoco de ofrecernos el mismo encanto i atractivo que las obras debidas al talento i al saber.

Daremos una rápida ojeada a las bellezas de la naturaleza.

Lo primero que conmueve nuestro espíritu i nuestra sensibilidad, es esa armonía que se observa en el universo. En esos astros que jiran en el espacio, segun leyes fijas e invariables, que se atraen mutuamente i reflejan su luz plateada, débil o brillante; en esas nubes que se destacan sobre el azul intenso del cielo, i que ora blancas, grises o rojizas, nos anuncian dia primaveral o una próxima tempestad, hai sin duda, cierta belleza imponente i sublime que asombra al pensamiento por lo grandioso i lo desconocido. Tambien podemos admirarla en los perfiles de una elevada montaña coronada de nieve, en las ásperas sinuosidades de las quebradas, en la inmensidad del océano i encrespadas olas del mar; la vemos en las cascadas i cataratas, en las curvas caprichosas de un rio o de un arroyuelo, i en la tersa superficie de una laguna. En el simple aspecto de las rocas cubiertas de musgo o desgastadas por la accion del tiempo o por el embate de las olas, en los carcomidos troncos de un sauce o de una encina con sus ramas secas o de tupido follaje, i aun en esas rústicas chozas que habita el labriego o el salvaje, se percibe igualmente una belleza que atrae i que muy bien pudiera compararse a la que ofrece un soberbio palacio; un suntuoso templo, un cuadro o un monumento estatuario. Sólo que en ello media una diferencia, i es que en los primeros se exhibe la belleza del arte natural o espontáneo, i en estos la del arte inspirado i científico.

Observad ahora una flor cualquiera, un clavel, una dalia, una rosa, un pensamiento, o esas florecillas silvestres que todos desdeñan por su humilde origen; cuánta delicadeza en sus detalles i contornos; qué admirables tintes i matices en sus colores tan frescos i tan puros!

¿Qué diremos de los seres animados?—La belleza es aquí mas visible, i estiende su dominio desde el hombre hasta el mas pequeño insecto. ¿Podrá alguién desconocerla en su fisonomía de una jóven de tez morena, ojos negros i

espresivos, boca graciosa, talle flexible i elegante; i en esas rubias de tez nacarada i trasparente, de ojos azules como el cielo, románticos i soñadores como la imaginacion de un artista o de un poeta? Pero tambien la encontramos, en la tranquila mirada de una anciana, en la anjelical sonrisa de un niño, en los hombres de tez bronceada por el ardiente estío, en esos tipos enérgicos o afeminados, en esos rostros estenuados por la miseria i aun en los que marcan su huella el estudio, el pensamiento o un sufrimiento moral.

Notad, por último, en los animales, los insectos, las aves i los peces, su estructura irregular o correcta, sus colores variados o caprichosos. Un leon, un caballo, un elefante, un ciervo, hasta el cisne, la mariposa o el picafloer tienen para nosotros una atraccion natural en la que va unida la curiosidad i la admiracion por esas formas imponentes i majestuosas de los unos i por las delicadas i esbeltas de los otros.

Queda aun que conocer otra belleza de la naturaleza, i es la que resulta del contraste de sus formas i colores. Así como para poder admirar la fuerza i el brillo de la luz es necesario que exista la oscuridad, así tambien es necesario comparar los objetos entre sí. Una elevada montaña comparada, por ejemplo, con el espacio, una choza con un palacio, una piedra informe con una estatua, un negro africano con un hombre de raza meridional, un niño con un anciano, o un jilguero con una águila, nos ofrecerán un contraste que, marcando la diferencia de sus formas i proporciones, revelarán claramente la belleza relativa que cada uno posee. Unid en seguida una rosa con un jazmin, una violeta, o unas hojas de malva, comparando tambien el tinte verde, morado, blanco o rosado de esas flores, i podreis juzgar con exactitud de sus bellezas, reconociendo que existen en todos los objetos, como forma, color, espresion i movimiento, en su contraste i armonía.

Se ve, pues, que la belleza del arte es universal, sea cualquiera la forma en que se manifieste. Lo difícil es reconocerla i apreciarla en su verdadero valor, pues, por lo jeneral, ella pasa casi desapercibida i a pocos llama la atencion, como todo aquello que vemos ordinariamente o bajo una forma vulgar o comun. I, sin embargo, ¿qué es lo que incita al sabio a escudriñar los secretos de la naturaleza, examinando *con amor* un trozo de roca, un insecto o una flor? ¿qué al filósofo a contemplar el firmamento, las ruinas de esos pueblos i antiquísimas ciudades que fueron el teatro de grandes acontecimientos? ¿qué al artista a torturar su mente para interpretar en el mármol o en el lienzo la figura humana, el azul de los cielos, el variado follaje de los árboles, o el delicado tinte de una rosa? i, en fin, ¿qué induce al poeta, al músico, al literato i al indiferente a buscar en la naturaleza la idea, la inspiracion o el placer moral?—Ahí es que en ella debe haber algo grande, bello o sublime; talvez el sabio, el filósofo i el artista no ven nada ahí que sea feo o inútil, i por el contrario, todo es para ellos un estudio útil e interesante; es porque comprenden lo que valen esas manifestaciones de las bellezas del arte, i saben que encontrarán la fuente, el jérmen, o los elementos que necesitan para concebir i ejecutar sus mejores obras, i en fin es porque, a pesar del materialismo que invade nuestro sér, todos la deseamos i a veces amamos, instados sin duda por esa necesidad que tiene el alma de dar espansion a las preciosas cualidades de que está adornada, sea gozando con el espectáculo de la naturaleza, admirando sus bellezas, o bien por estudiar lo que en ella sea digno de interes para la intelijencia, el pensamiento i el corazon.

(Se concluirá.)

FRANCISCO D. SILVA.